

editorial

¿Y si no hubiera nada que podamos hacer *en tanto filósofxs*? ¿Y si nuestra influencia en el acontecer consistiera únicamente en poner nuestro cuerpo y nuestro voto codo a codo con el resto de lxs ciudadanxs? Veinte cuerpos, veinte votos, ¿es eso solo lo que tenemos para poner sobre la mesa? No renegamos, para nada, de nuestro lugar en la masa. Ponemos nuestra parte, con persistencia y convicción. Cuerpos, votos, y todas las formas de participación y resistencia ciudadana a las que se abren nuestros caminos. Pero nos habituamos a vivir bajo la calma certeza de que, *en tanto filósofxs*, estábamos aportando algo específico al ser común, una contribución que sólo como filósofxs podíamos realizar, y que era perfectamente realizable sólo con llevar nuestras ideas, nuestro trabajo conjunto y nuestras plumas hasta el umbral de su máxima potencia. Pensábamos tener algo, como filósofxs, para traer a la mesa del pueblo, en la lucha por no limitarnos meramente a la espera de que esto no continúe, de que este gobierno de la devastación termine de una vez su mandato y éste sea el último editorial escrito bajo su signo. Nos incomoda sobremedida pensar que se trata apenas de una expresión de deseos, ciertamente fundada en muchos conceptos y perspectivas, pero susceptible de quedarse ahí, en la sombra inoportuna que acecha en desgracia y que nos devuelve, o más bien genera, una sensación de impotencia e impericia, de tener que hacer algo inmediato y urgente, algo que pueda inclinar o enderezar las cosas hacia donde pensamos que tienen que ir. Y así, súbitamente, emergió, incontenible, la incertidumbre: quizás no haya nada que, *en tanto filósofxs*, podamos hacer.

El espectro del escepticismo acechó así la reunión en una terraza del barrio de Montserrat donde se escribieron estas páginas. La duda se plantó entre nosotrxs, casi inesperada, tras tantos editoriales instalados en la certeza del carácter eminentemente práctico de la filosofía, del rol productivo de las Ideas, de la importancia de nuestra labor como docentes e investigadorxs, no solamente en la producción del conocimiento sino también en la de un mundo más respirable, en el que la circulación de las pasiones alegres se encuentre favorecida por la labor coordinada del Estado y donde se recupere la amalgama con ese significante tan polimorfo como es el pueblo. Nuestra moral, que se había mantenido alta desde el inicio de esta revista que ha sacado cada uno de sus números bajo el gobierno de Cambiemos, encontró de pronto sus primeras fatigas.

El alba de la fatiga sólo indica el horizonte catastrófico que abre la posibilidad de que este gobierno de la devastación renueve su mandato. Esto no puede continuar. El embate contra la actividad científica y tecnológica (con el virtual cierre de la carrera de investigador del CONICET y del financiamiento a los proyectos de investigación), la hostilidad hacia la educación pública en todos sus niveles, la indiferencia ante la pauperización de lxs jubiladxs, la inquina hacia la producción nacional, el ninguneo de nuestra soberanía e identidad nacional, la crueldad hacia lxs débiles. No pueden continuar otros cuatro años. El daño sería demasiado grande. Irreparable.

La pregunta *qué hacer* se vuelve, en esta coyuntura, imperiosa. Es ante la presión de las fuerzas de la urgencia que las respuestas previas resultan insatisfactorias. Hay algo que en tanto filósofxs *podemos* hacer, y simplemente no podemos verlo. Nos inquieta. Nos incomoda. Nos desespera. Queremos verlo y hacerlo. Y hacerlo ahora. Por ello, en este número, convocamos a escribir sobre esa pregunta –sobre esa inquietud, sobre esa desesperación– a un grupo amplio de compañerxs generacionales. Voces disímiles, más o menos cercanas a nuestra perspectiva. Lo hicimos de improviso, pidiendo plazos desacomodadamente breves para una revista de filosofía. Y encontramos, cristalizadas en el dossier, una gran generosidad y una abundancia de ideas para pensar y pensarnos. Este editorial se prolonga, entonces, en esa sección de este número.

¿Qué hacer? No alcanza con votar, aunque votaremos plenxs de ilusión. No alcanza con militar, aunque militaremos donde nos parezca necesario, donde podamos o donde acontezca. No parece

ser el camino la sublevación del pueblo en las calles, con el recuerdo tan fresco (y a veces tan “olvidado”, distorsionado o reinterpretado desde intereses muy discutibles) de los costos, el dolor, el sufrimiento y la muerte que bañaron el país en 2001. *Tanto mejor la salida institucional*. Y sin embargo, las instituciones han sido tan sordas a nuestros reclamos, los reclamos y necesidades más mínimos del pueblo. La sordera, o como se decía al comienzo de este gobierno: la falta de sensibilidad social, ha decantado cada vez más visiblemente en el cinismo más terco y en absoluto exento de torpeza e incapacidad, pero distinguido con el tono clasista, de alto desprecio por lo social y de rémoras oligárquico-neoconservadoras pese a la cáscara de pragmatismo y las técnicas de seducción publicitaria. La sordera, o el blindaje más férreo del que se tenga memoria, con el consiguiente negacionismo de quienes aún consienten el gran relato actual, ha decantado muy visiblemente en el deterioro de la calidad institucional en todas sus esferas y ramificaciones, comprobando además que el así denominado “piso de derechos” era una suerte de arena movediza, siempre perforable en un desplazamiento que nos hunde y no tiene fondo, precisamente porque se soslayó y menoscabó –quizás con una exagerada retórica institucionalista que, no obstante, algunxs condenan con bastante pobreza intelectual como “populismo”– la base de todo ese piso de derechos: la decisión política.

A pesar de todo esto, las mayorías han acompañando con su voto su propia servidumbre. La pregunta que Spinoza supo plantear reaparece en cada sufragio, del 2015 hasta ahora. *¿Por qué los hombres luchan por su servidumbre como si se tratara de su salvación? ¿Será acaso un fracaso de la democracia? ¿Será que con la democracia, después de todo, no se come, no se cura, no se educa, al menos no necesariamente como nos habituamos a creer desde nuestra afortunada generación, a la cual la dictadura sólo le pisó, como mucho, la sombra de la niñez? ¿Será que, detrás de la Memoria, hay un inevitable olvido en nombre del retorno de lo que creíamos hundido en el Nunca Más; detrás de la Verdad, una posverdad armada en medios y redes sociales; y detrás de la Justicia, la ley del más fuerte, que es siempre la que prevalece? ¿Será que entre democracia y dictadura se han abierto –en el sentido de que ha madurado la conciencia histórica para poder ver y discutir– toda una gama de matices que llevan a una complejización de la dicotomía?*

¿Qué hacer? No alcanza con un diagnóstico. No alcanza con estudiar, comprender el neoliberalismo, el capitalismo en su fase más reciente. No alcanza con comprender a la derecha denominada “moderna”. No alcanza con trazar los límites de la democracia y desencantarnos con esta palabra que parecía ser la fuente de todos nuestros bienes, soportar lo que sea necesario en nombre de la coherencia con la institucionalidad. ¿Dónde la democracia deja de ser una palabra con sentido, se vacía completamente en el formalismo y deviene despotismo o, directamente, dictadura? ¿Cuál es el umbral? Aunque pudiéramos trazar el límite, y definirla con la más prístina distinción, no alcanzaría. No alcanza con comprender, o producir textos en los que se plasme esa comprensión. No alcanza con escribir, producir, discutir. No alcanza en forma individual. No alcanza en forma colectiva. No alcanza con hacer esta revista. Aunque la hacemos con pasión, aunque trabajamos en este espacio, sumando voces, sumando cuerpos, abriendo secciones, convocando a lxs que nos ayudan a pensar. No alcanza con una revista, con todas las revistas y libros. No alcanza con leer, ni siquiera con leer los libros correctos. Pensar, pensar, pensar. No alcanza con pensar. Hace falta más.

El ideal ilustrado es un cadáver tan viejo que ya no sirve ni para carneo. Y sin embargo retorna, insistente. Zombie-ilustración. Nos ataca cuando desesperamos porque, detrás del voto que sostiene a la democracia, no parece haber una decisión racional sino pasiones manipulables por disciplinas oscurantistas vinculadas al marketing, las encuestas y las redes sociales. Sin embargo, es una argucia del desasosiego pensar que *la razón* es el único campo de la filosofía y que ella perece por tanto junto con la ilustración. Los cuerpos, las pasiones y los humores han sido tema de la filosofía desde su nacimiento, y nuestrxs filósofxs más amadx han sabido desmontar el falso dualismo entre un cuerpo y un alma, o una razón y una pasión, hacia la trama más sutil y potente de la realidad.

Lxs votantes no andan sueltos por ahí, sino que están constituidos en procesos de subjetivación. La política es también el arte de tejer esas subjetividades. Como el Estado, la subjetivación no es ni buena ni mala en sí misma. No hay actividad por fuera del entramado social que constituyen, en competencia con otras determinaciones. No hay vacío, no se empieza desde cero, es ya un gran territorio en disputa. La libertad como espa-

cio carente de toda atadura es un espejismo de lxs libertarios, cuyo reverso necesario (admitido o negado) es la obediencia al capitalismo. La alternativa es la lucha por la existencia. Lucha impura, sucia, en medio de los lodazales del capital. Existe una satisfacción ilusoria, que es arrasada por el vaho hediento de la existencia: pensar que estamos limpios y que las calles no lo están. En la vida cotidiana, la existencia está mezclada con el dolor y la sangre. Las pasiones mismas son impuras: no hay “pura” alegría o felicidad, más que en la ideología y el engaño. No hay esperanza sin temor. Las promesas en sentido contrario esconden servidumbre. Quizás fue la satisfacción en la pulcritud (el mito de la pulcritud, un intento fallido por conjurar los vestigios del simple estar) lo que nos llevó a buscar lo político en un ser (ser, *puro* ser), cuando es una actividad. Actividad humana y, por tanto, impura. Actividad de tejer lo social en una mezcla impura, que no suprime la pestilencia de lo real, que vuelve sobre el estar nomás. Quizás por eso la política tenga tan mala imagen. Pero no es la política: es el propio carácter hediento de la existencia, que sólo una filosofía de laboratorio puede querer ignorar. La realidad es algo sucio, no algo impoluto. La filosofía tiene que ser, por tanto, hedionda. Y está bien que así sea, o mejor dicho: la suciedad de la existencia no debe ser para nosotrxs, en tanto filósofxs, motivo de lamento o de desgarró (ni una última opción que transitemos resignadxs), sino de una evaluación honesta y una experimentación que nos lleven a reafirmar el compromiso con las luchas y las estrategias allí donde se planteen. Ahí estaremos volviendo auténticamente al suelo. Los altos y los bajos de nuestras propias pasiones políticas también son parte de la hedionda actividad que nos constituye.

¿Qué hacer, entonces, en tanto filósofxs? Hay algo que no estamos viendo. Un tábano zumba en nuestros cráneos. Hay algo que podemos hacer, algo más que podemos hacer, y que se nos escapa cada vez que empezamos a pensarlo. Seguimos tratando de pensarlo en el límite de nuestra fuerza, al borde del agotamiento. Seguimos tratando de pensar lo que no vemos. En forma individual. En forma colectiva. Escribiendo, leyendo, conversando. Haciendo una revista. Veinte cuerpos. Riendo y hediendo. Brindando porque éste sea el último editorial escrito bajo el sello de este gobierno de la devastación.

Tratando de pensar lo que no puede ser pensado y sólo puede ser pensado. Sin renunciar ni renegar de la mugre, sino hundiendo la jeta en ella hasta el fondo, y descubriendo una vez más que nunca dejamos de ser esa mugre, porque sólo en ella deviene pensable lo que aún no pensamos. Pensar lo que hay que hacer. Eso es, después de todo, la filosofía.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea